

El débil, si lo oprime el poderoso?  
 Los bienes repartidos  
 Por el sabio Hacedor con larga mano,  
 Los tiene el rico asidos,  
 Y ve con inhumano  
 Pecho carecer de ellos á su hermano.  
 Domina la injusticia  
 En el hombre, el rencor y la venganza,  
 La insaciable codicia,  
 La voraz destemplanza,  
 Y lo alejan de tí, dulce Esperanza,  
 Porque con doble empeño  
 El traidor enemigo le aconseja  
 Que, una vez hecho el daño,  
 En vano ya lo deja,  
 Cuando eterno penar se le apareja.  
 Y le oculta alevoso  
 Cuánto debe esperar, mientras viviere,  
 A un Dios tan piadoso,  
 Que al que se corrigiere  
 Siempre ayudar, siempre salvarle quiere.  
 El que siendo tentado  
 Siente, oh dulce Esperanza, su flaqueza,  
 Por tí es asegurado,  
 Si á resistir empieza,  
 Que del cielo tendrá la fortaleza.  
 Mas si al golpe primero  
 Cede cobarde, y rinde su albedrío,  
 El enemigo fiero  
 Cobra osado más brío,  
 Porque lo ve inconstante, tardo y frío.  
 Y en misera ruína,  
 De que nunca ó muy tarde se levanta,  
 Cae, si tú, oh divina  
 Virtud, con unción santa  
 No consolidas la dudosa planta.  
 Los que, desconocidos,  
 Tu galardón eterno despreciaron,  
 En torpeza sumidos,  
 De tí desconfiaron,  
 Y á toda impudicia se entregaron.  
 ¡Oh! Nunca así confie  
 El ánima orgullosa y presumida,  
 Que de sus fuerzas fie,  
 Evitar la caída;  
 Mas no se dé, si cae, por perdida.  
 Ni crea, despechada,  
 Que no habrá ya quien levantarla quiera,  
 Pues culpa confesada  
 Pronto perdón espera,  
 Aunque mil veces repetida fuera.  
 ¡Oh dulce compañía  
 De esta vida mortal, prenda segura  
 De muerte santa y pia  
 Y de eterna ventura,  
 Si te acompaña fe sencilla y pura!  
 Nunca nos desampares  
 Por más que nos ofrezca el mundo insano  
 Disgustos y pesares,  
 Y al pérfido tirano  
 Desconfianza inspire y terror vano.

## XIV.

## Á LA CARIDAD.

De amor cantar hoy quiero,  
 Probar quiero á decir cómo se ama  
 Lo que creo y espero;  
 Ven, oh sagrada llama,  
 Entra en mi corazón y el pecho inflama.  
 ¡Qué virtud hay divina,  
 Sin la cual en el hombre muerta yace  
 La fe? ¡Qué peregrina  
 Prenda le satisface,  
 Y da mérito y colmo al bien que hace?  
 Si mil lenguas hablara  
 De hombres y de ángeles ahora;  
 Si los montes mudara  
 Mi voz encantadora,  
 Resonando á compas dulce y sonora;

Si la sabiduría  
 Que á los hombres ilustra, en mí estuviera;  
 Si la fortuna mia  
 Toda distribuyera  
 A los pobres, y pobre yo me hiciera;  
 Si del tiempo futuro  
 El velo descorriendo á sus arcanos,  
 Penetrase lo oscuro,  
 Y á los ciegos humanos  
 Los misterios mostrase soberanos;  
 Si con duro artificio  
 Macerase mi cuerpo, y apretado  
 Del áspero cilicio,  
 Y al fuego retostado,  
 Lo trajese así siempre castigado;  
 ¡De qué me serviría  
 Todo, si aquella prenda me faltaba?  
 Hueco metal sería,  
 Que al aire resonaba;  
 ¡Pues á qué tanto dón me aprovechaba?  
 Venga por todos ellos,  
 Venga en hora feliz tan rica prenda,  
 Y el ánima á sus bellos  
 Documentos atiende,  
 Y con eso de amor la ley aprenda.  
 Y sepa que el que ama  
 Es paciente, es benigno, no envidioso,  
 No urde maligna trama,  
 No busca codicioso  
 Su propio bien, no es vano ni ambicioso.  
 No es fiero ni iracundo,  
 No piensa mal, no goza en las maldades  
 En que se goza el mundo;  
 Gózase en las verdades,  
 Y espera y cree, y sufre adversidades.  
 ¡Oh dulce amor sagrado,  
 Que el que una vez lo admite y lo mantiene,  
 Ya vive asegurado  
 Del bien que le previene  
 En la futura edad, que fin no tiene!  
 Ya allí no hay esperanza,  
 Ya allí no hay fe, que todo está patente,  
 Sólo de amor alcanza  
 La viva llama ardiente  
 A durar encendida eternamente.  
 Amor es Dios, unido  
 Con Dios está el que amor conserva puro,  
 Y aun sin haber salido  
 Del hondo valle oscuro,  
 Ya de su clara luz goza seguro.

## XV.

## Á LA VIDA PRESENTE.

¡Qué es la vida presente,  
 Que con vano atractivo nos halaga?  
 ¡Quién hay rico y potente  
 Tanto, que satisfaga  
 En todo á su querer, por más que haga?  
 ¡Quién hay que no desee,  
 Estando bien, mejor estar un día?  
 ¡Quién, cuando ya hoy posea  
 Lo que ayer pretendía,  
 Por tener más no aumente su porfía?  
 Y si alguno, contento  
 Con su suerte, no envidia la grandeza  
 Del rico y opulento,  
 Envidia la nobleza,  
 Que tal vez le negó naturaleza.  
 ¡Quién puede estar seguro  
 De injusto usurpador, de falso amigo,  
 De testigo perjuro,  
 De encubierto enemigo,  
 Que se esconde á la ley y á su castigo?  
 ¡Quién se vió en alto puesto  
 Por favor ó por mérito elevado,  
 Que no pueda ser presto  
 Al suelo derribado,  
 Y aborrecido viva ó olvidado?  
 Y cuando la fortuna

Se te ría tan grata y lisonjera,  
 Que no temas alguna  
 Desgracia venidera,  
 ¡Quién salud te asegura duradera?  
 ¡No sabes que la vida  
 Del hombre en este suelo es flor temprana,  
 Rozagante y lucida,  
 Y fresca á la mañana,  
 Y á la tarde marchita, seca y vana?  
 ¡A quién no hiela el frío  
 Del aterido invierno? ¡A quién no abrasa  
 El ardoroso estío?  
 Y ¡cuánto mal se pasa  
 Cuando falta la nieve ó leña en casa!  
 Mientras que sin abrigo  
 Sufre escarchas y soles no sin daño  
 El mísero mendigo;  
 Y el rico pasa el año  
 Arrimado á su estufa ó en el baño;  
 Al uno y otro espera  
 Igual suerte al morir; y el que afianza  
 La suerte verdadera  
 De eterna bienandanza,  
 Ya para él, pobre ó rico, no hay mudanza.  
 Aquí falta la hacienda;  
 Muere aquí el padre, el hijo y el hermano,  
 Y ya no hay quien defienda  
 Al huérfano, que en vano  
 Auxilio espera de tutor tirano.  
 Pues ¡dónde está el hechizo  
 De tan amarga vida y tanto anhelo?  
 ¡Quién grata nos la hizo,  
 Si nunca falta duelo  
 Y llanto en ella, y mal y desconsuelo?  
 Goceamos, mientras dura,  
 Del corto tiempo en que aspirar se puede  
 A la eterna ventura,  
 Que á todo bien excede,  
 Y que sólo á los justos se concede.  
 Mas no amemos la vida  
 Temporal y penosa, sino en cuanto  
 A gozar nos convida  
 Por ella el cielo santo,  
 Placer sin fin ni mezcla de quebranto.

## XVI.

## Á LA VIDA FUTURA.

¡Oh bienaventurada  
 Vida eternal la del que de este suelo,  
 Su corona labrada,  
 Rasgado el mortal velo,  
 Sale, para reinar siempre en el cielo.  
 Donde del peso grave  
 De corruptible cuerpo redimida  
 El ánima suave  
 Y siempre nueva vida  
 Entra á gozar no ántes conocida.  
 Y ve en el Sér supremo  
 La esencia de las cosas que ignoraba,  
 Y con placer extremo,  
 Del bien que nunca acaba  
 La posesión obtiene que anhelaba.  
 Y absorta en la hermosura  
 De aquel divino Sol que la recrea,  
 Se embebe en su luz pura  
 Y en amarlo se emplea,  
 Y más amar y más amar desea.  
 Amor inextinguible,  
 Deseo sin angustia ni fatiga,  
 Afán apetezible,  
 Que junta en santa liga  
 Solicitud ardiente y paz amiga.  
 Allí de soberanos  
 Espíritus el alma acompañada,  
 De placeres mundanos  
 La memoria borrada,  
 Habitará la celestial morada.  
 Y sobre el sol y luna,  
 Sin temor, colocada de diverso

Estado de fortuna,  
 Ya próspero, ya adverso,  
 Mirará como un punto el universo.  
 Y llena de alegría,  
 Libre al ver estos horribos lugares  
 Donde esclava vivía,  
 Angeles á millares  
 Oirá entonar dulcísimos cantares,  
 Que uniendo con la suya  
 Las angélicas voces, y cantando  
 El eterno aleluya,  
 Y á Jehovah alabando,  
 Siglos así sin fin irán pasando.  
 Y cuando llegue el día  
 En que el supremo Juez castigar quiera  
 La humana rebeldía,  
 Y en gloria duradera  
 La obediencia premiar y fe sincera,  
 El cuerpo que en la tierra  
 Dejó yerto cadáver denegrido,  
 Y oscura tumba cierra,  
 De gloria revestido  
 Y esplendor le será restituido.  
 Y en santa compañía  
 Juntos allí los dos, de paz gozando  
 Y perpétua alegría,  
 Y á Jehovah alabando,  
 Siglos así sin fin irán pasando.  
 Ya dócil compañero  
 No le hará oposicion. El peso grave  
 Que la oprimió primero,  
 Moverá como el ave  
 Veloz, y con impulso más suave,  
 Nuevo el celeste velo,  
 El sol nuevo, la luna renovada,  
 La faz de nuestro suelo  
 Por el fuego purgada,  
 Contemplará gozosa y admirada.  
 Y el ámbito espacioso  
 Recorriendo del orbe mejorado,  
 Irá tras del esposo,  
 Que marcha coronado,  
 De vírgenes sin cuento rodeado

## XVII.

## AL SER SUPREMO.

Inmenso soberano,  
 Eterno Dios, Señor del alto cielo,  
 De la tierra, del mar, del orbe todo,  
 Hechura de tu mano,  
 ¡Quién descender pudiera el denso velo  
 Que me oculta tu sér, ó de qué modo,  
 De tu sabiduría  
 Un rayo alcanzaria  
 A penetrar mi mente tenebrosa!  
 ¡Quién conocer me diera  
 Tu majestad, grandeza y hermosura!  
 ¡Quién, cuando tu justicia rigurosa  
 Se muestra más severa,  
 Ver cómo la contiene tu blandura!  
 ¡Quién de este mortal lazo me soltara,  
 Para poder mirarte cara á cara!  
 Tú solo, Señor, eres;  
 No hay otro sér que tú. Ninguno vive  
 Ni es en terrestre ni en celeste esfera,  
 Aunque se llamen seres,  
 Sino el que de tí vida y sér recibe.  
 Todos penden de tí; de tal manera,  
 Que si una vez alzáras  
 Tu mano, y los dejaras,  
 Dejarían de ser en un momento.  
 ¡Oh Santo, Santo, Santo!  
 ¡Quién como tú? ¡Quién á cantar tu gloria  
 Basta su voz, su luz, su entendimiento?  
 ¡A quién no causa espanto  
 Tal majestad, cuya inefable historia,  
 De su curiosidad y atrevimiento  
 Tiene al hombre la pena preparada,  
 Reduciéndolo al centro de su nada?

Con saber que tú eres  
Dios mío, y que tú al justo remuneras  
En perpétua alegría y bienandanza  
Con eternos placeres,  
Y que ántes mucho de los siglos eras,  
Y pasados los siglos, sin mudanza  
Serás eternamente  
El mismo que al presente,  
Esto me basta, y más saber no quiero,  
Hasta que llegue el día  
En que, compadeciendo la flaqueza  
Y el torpe origen de mi sér primero,  
Salves al alma mía  
Del abismo infernal, desde el alteza  
Oyendo de tu trono á mi abogado,  
Hijo tuyo, y por mí crucificado.  
¡Ay cómo ya deseo  
Engolfado me ver, de tus divinas  
Perfecciones el piélagos sulcando  
Con inmortal recreo!  
Como el pez que por sendas cristalinas  
Gira, suavemente resbalando,  
Que el cuerpecillo leve  
A todas partes mueve,  
Y por ninguna término le halla  
Al líquido recinto,  
Mientras el hombre presumido y vano,  
Sujeto siempre en desigual batalla  
A estrecho laberinto,  
Si se atreve á medir el oceano  
Inmenso de tu sér con su flaqueza,  
De tu gloria lo oprime la grandeza.

## XVIII.

## Á LA REINA MARÍA LUISA DE BORBON.

Si de la pena mía  
El doloroso acento  
Tan veloz penetrase el aire vano,  
Que desde Andalucía  
Volase en un momento  
Al venturoso suelo castellano,  
Donde con larga mano  
Desde el trono de oro  
La reina de occidente  
Sobre la hispana gente  
Derrama de sus gracias el tesoro,  
Acaso la moviera  
A compasion mi suerte lastimera.  
Pudo feliz Orfeo  
Al reino despiadado,  
Trasteando la cítara sonora,  
Mover á su deseo.  
Yo, más afortunado,  
Del hispano y del indo á la señora  
Mover pudiera ahora  
Al tierno sentimiento  
Con el humilde canto;  
Que templado con llanto  
El débil instrumento,  
Su bondad supliría  
Lo que á mí me faltase de armonía.  
Ya cuento nueve años (1)  
Entre riscos y breñas  
En soledad perpétua sumergido;  
Y con ecos extraños  
Se cansan ya las peñas  
De repetir el són de mi gemido,  
Las aguas del olvido,  
Trocando en Manzanáres  
El curso del Leteo,  
Ahogan mi deseo  
Y eternizan mi mal y mis pesares.  
¡Ay triste del que pena,  
Arrastrando, Fortuna, tu cadena!

(1) Ya cuento nueve años.  
Este tiempo há que el poeta reside en Sierra-Morena, y en la segunda parte de esta estancia se queja del olvido de la córte. Concluye esta estancia con un apóstrofe á la Fortuna, con quien habla en las dos siguientes. (Nota del Autor.)

Yo gocé de tu gloria,  
El tiempo que te plugo,  
Con placer ni envidioso ni envidiado (2);  
Y ahora tu memoria  
Me sirve de verdugo;  
Que mal es para un triste el bien pasado,  
Ya el camino trocado  
Que llevó mi ventura,  
Los que ayer me aplaudían  
Hoy de mí se desvían;  
Que si es cierto que son de piedra dura  
Los pechos de la córte,  
De iman deben de ser, y tú su norte.

Confieso que me fuera  
Útil tu desengaño,  
Y á vivir á mis solas me enseñára,  
Si junto no trajera  
Consigo tanto daño,  
Que ni aun vivir apenas me dejára (3).  
Las piedras arrancára,  
Las selvas movería  
Mi lamentable canto,  
Si expresase algun tanto  
Del tormento que sufre el alma mía,  
Viéndome aquí olvidado,  
Enfermo, solo, pobre y desterrado.

¿Cuál puede ser la vida (4)  
Donde se ve cercada  
Del temor horroroso de la muerte,  
Y con hacha encendida  
La discordia malvada  
La solícita y turba de tal suerte,  
Que el ánimo más fuerte  
No puede haber reposo,  
Donde el odio y la envidia,  
El dolo y la perfidia  
Y las del enemigo cauteloso  
Asechanzas mortales  
Son como anuncio de mayores males?

De males que limando (5)  
Van tan secretamente  
El delicado alambre de la vida,  
Que no se sabe cuándo  
El misero doliente  
Está seguro de insanable herida;  
Hasta que ya, perdida  
Del todo la esperanza,  
El padre se entristece,  
La madre desfallece,  
Y maldice su suerte y malandanza  
Y el país donde mora,  
Y llora el hijo, y la consorte llora.  
Tres veces he sufrido (6)  
En mi familia cara  
De Atropos crúel el golpe fiero,

(2) Con placer ni envidioso ni envidiado.  
Alude á los cinco años que sirvió en la secretaría del Despacho de Hacienda, donde gozó de favor y crédito, sin envidia de nadie. Continúa comparando aquel estado con el actual, y quejándose de sus amigos, que lo han olvidado viéndolo abandonado de la Fortuna, con la cual sigue hablando en la siguiente estancia. (Nota del Autor.)

(3) Que ni aun vivir apenas me dejára.  
Apenas hay filosofía que baste para sufrir la soledad, cuando no se goza en ella salud ni paz. Que es á lo que aluden estos versos y el resto de la estancia. (Id.)

(4) ¿Cuál puede ser la vida.  
Aquí empieza á explicar lo que anunció arriba, y especialmente las contradicciones, competencias, persecuciones y recursos injustos con que ha tenido que batallar en aquel destino, hasta el extremo de amenazarle dos veces con la muerte. (Id.)

(5) De males que limando.  
Describe en esta estancia la desolación y desconsuelo de una casa donde hay algun enfermo reducido al último extremo por las calenturas intermitentes que allí se padecen, como se ha verificado y verifica con frecuencia cuando llegan á envejecerse y resistir á la curacion. (Id.)

(6) Tres veces he sufrido.  
Se queja de las muertes que han reducido allí su familia á la mitad de sus individuos, y del peligro en que han estado los que quedan, especialmente él mismo, que llegó á perder toda esperanza de salud. Para su restablecimiento ha venido con real licencia á esta ciudad (Sevilla), cuyo viaje, y la circunstancia de haber estado en ella anteriormente la Reina nuestra señora, le da motivo para la figura con que concluye esta estancia, y la del encuentro del Bétis, y su razonamiento en las dos siguientes. (Id.)

## XIX.

## Á LA REINA DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

EN LA ENFERMEDAD DEL REY,  
EN EL AÑO DE 1833, EN LA GRANJA.

¿Qué alabaré primero  
En Cristina? ¿La gracia y la belleza  
De aquel rostro, mansion de los amores?  
¿El aire placentero,  
Modesto y grave; el brio y gentileza  
Que copiar no han sabido los pintores?  
¿El prodigioso encanto  
Con que á cuántos la ven hechiza tanto?  
¿Alabaré, en el lecho  
Del moribundo esposo, la porfía  
Con que, llorosa, amante y esforzada,  
Anhelaba su pecho  
Poder salvarlo de la muerte impía?  
¿O la oracion humilde y animada  
Con que su ardiente celo  
Logró aplacar la cólera del cielo?  
¿O su firme esperanza?  
¿O la fidelidad con que los votos  
Hechos en la tormenta, no rehusa  
Cumplir en la bonanza,  
Clavado ya el timon y los pilotos  
Seguros? ¿O la gracia con que exuesa,  
Disimula y perdona  
Yerro que han ofendido su corona?

Eleva, musa, el canto,  
Alza la voz, ya trémula y cansada,  
Para ensalzar el nombre de Cristina;  
Y si te pone espanto  
Subir hasta la excelsa y encumbrada  
Ilustre y nueva senda en que camina  
Su alma bienhechora.  
Tu voz suspende y su bondad adora.

Mírala del gobierno  
Empuñar el timon, y manejarlo  
Con sin igual destreza y valentía.  
Mira, con amor tierno  
Cómo busca el camino, y sabe hallarlo,  
De hacer rica y feliz su monarquía;  
Y admira cuán hermosa  
Es la virtud de reina en una esposa.  
¿Cuán apacible y grata  
Aparece, cual iris en el cielo,  
Y el turbion de tenebrosa nube  
Disipa y desbarata,  
Que inundar amenaza el triste suelo!  
¿Cuán benigna y prudente al trono sube,  
Contrapuestas pasiones  
A templar, y á robar los corazones!  
¿Oh! digna sucesora  
De la grande Isabel, veas un día  
A la hermosa princesa que, heredera  
Del nombre, lo es ahora  
Del cetro que feliz ella regía.  
¿Oh! benévolo á España el cielo quiera,  
Sus votos escuchando,  
Bendecir á Cristina y á Fernando.  
A Fernando y Cristina  
Bendiga el piadoso y justo cielo;  
Y cuando vincular en ellos quiera  
Progenie masculina,  
Déles el dulce y paternal consuelo  
De ver á su Isabel en la primera  
Silla Real sentada  
Que le tenga en Europa preparada,

## XX.

## Á SAN JOSÉ.

Llévame, musa mía,  
Al alto cielo santo  
En alas de tu noble fantasía;  
Y remóntame tanto,  
Que sin tomar reposo,  
En vuelo generoso,

Y otras tres he temido  
Que á mí me arrebatára  
Y á las dos prendas que en la vida quiero.  
Y como el marinero  
Que ve rota la antena,  
Atravesando á nado  
El piélagos salado,  
Ansioso lucha por besar la arena,  
Llega á la playa undosa,  
Jura odio eterno al mar y allí reposa;

Así yo, maltratado  
De mi fatal destino,  
Huía de los montes Marianos,  
Cuando el Bétis sagrado,  
Saliéndome al camino,  
Señas me haciendo con el rostro y manos,  
Y de juncos lozanos  
Y verdes espadañas  
Coronadas las sienas,  
«Tarde, me dijo, vienes  
Si buscas á la flor de las Españas.  
Vinieras algun día,  
Que yo á besar sus piés te llevaría.

»Búscala en Manzanáres  
O en el dorado Tajo,  
Que allí felices hace sus riberas.  
Llórale tus pesares,  
Cuéntale tu trabajo,  
Que es piadosa, y no querrá que mueras;  
Corre, vuela, ¿á qué esperas?  
Mis playas ya no pisa.  
Dichosa mi corriente,  
Cuando el mar de occidente  
Llevaba el dulce nombre de Luisa,  
¡Ay! que repite ahora,  
Cuando triste su ausencia y falta llora.»

Dijo, y el ancho pecho  
Y el cuello y frente ovosa  
Escondió, sepultándose en la arena;  
Y del profundo lecho  
El agua presurosa  
Sube, y herida con el golpe suena.  
Yo entonces de mi pena  
Sentí el dolor más fuerte,  
Pues no hay otro que sea  
Mayor á quien desea  
En grave mal librarse de la muerte,  
Que saber el remedio,  
No habiendo ¡ay triste! de encontrarlo medio.  
¿Quién me diera que el río  
Con curso retrogrado  
Llevase ahora á la feliz Castilla  
El tierno llanto mío!  
¿Oh, quién de un desdichado  
Hiciera resonar en la alta silla,  
Del orbe maravilla,  
El misero lamento!

¿Sería yo tan sólo,  
Del uno al otro polo,  
De las piedades de Luisa exento?  
Más fácil creeria  
Que faltase su luz al claro día.  
Si mi canto, señora,  
Con eco tan lejano  
Sonáre acaso en tan sublime altura,  
Oyelo, y bienhechora  
Tu generosa mano  
Temple el rigor con que la suerte dura  
Acabarme procura.  
Un aura más suave  
Respire yo algun día,  
Y de la reina mía  
Con plectro más feliz cantando alabe  
La gracia y la belleza,  
Nunca vista en el trono, y la grandeza;

Y vuelto á mis Penates,  
En días sosegados,  
Tus hijos ya y tus nietos coronados,  
Te aplauda con los vates  
En laureada tropa,  
Madre de los monarcas de la Europa.

Hacia el trono santísimo del Padre  
Me acerques, donde vea  
Al santo anciano que mi amor desea.  
Al que de la sagrada  
Virgen, en quien florece  
La raíz de Jessé tan celebrada,  
Esposo ser merece,  
Y del Verbo encarnado  
Por padre reputado,  
Con que el misterio á Lucifer se esconde,  
Llévame á do lo vea,  
Y cante allí lo que mi amor desea.  
Al justo que, dudando  
De lo que ven sus ojos,  
Y el honor de la esposa respetando,  
Por no causarle enojos,  
Ausentarse medita,  
Y cuando solicita  
Llevar á ejecución su pensamiento,  
Un ángel lo asegura  
En que su casta esposa es virgen pura.  
Y de esto asegurado,  
En silencio profundo  
Adora humilde en ella ya encarnado  
Al Salvador del mundo.  
¡Ay, José venturoso,  
En qué dulce reposo  
Quedó tu alma en tan feliz momento!  
Véate yo algun día  
Donde ya no hay quien turbe tu alegría.  
Como luego turbada  
Se vió por el tirano  
Heródes, cuando hiciste la jornada  
Al reino egipciano;  
Y cuando ya perdido  
Llorabas al querido  
Hijo del Criador de tierra y cielo,  
Sin saber dónde estaba;  
Cuidado que á tí solo se fiaba.  
Ahora ya seguro  
Vives eternamente  
De no perderlo más, donde con puro  
Amor siempre presente  
Lo ves, y de él gozando  
Te estás y recreando.  
¡Ay, José, protector de viadores,  
Llévanos algun día  
Donde estemos contigo en compañía!  
Si por mal y pecados,  
Que nuestra infiel natura  
Produce, merecemos ser privados  
De tan alta ventura;  
Tú el perdón solicita  
Del Cordero, que quita  
Con su sangre la mancha torpe y fea  
Del alma pecadora  
Que se lo pide y se arrepiente y llora.

## XXI.

## Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Aunque el pecho agitado se inflamase  
Del estró armonioso,  
Y la rústica cítara sonase  
Con eco numeroso,  
Cual conviene, Señora, á tu alabanza,  
Jamás resonaría;  
Y perdida del todo la esperanza,  
Mi loca fantasía  
Confundida, la voz enmudeciera  
Y el cántico cesara,  
Y, corrido, la cítara rompiera  
Porque más no sonara;  
Y puesto de rodillas en el suelo,  
Levantadas las manos,  
Llamaria los ángeles, del cielo  
Felices cortesanos,  
Que entonarían con música suave,  
Con dulce melodía  
Los santos himnos que cantar no sabe

La humana poesía.  
Y corriendo veloz en un momento  
Las celestes esferas  
En alas de mi mismo pensamiento,  
Mas que el viento ligeras,  
Vería de tu trono rodeada  
La angélica capilla,  
Que en hermosas hileras ordenada  
Doblando la rodilla,  
La guirnalda de rosas inmortales,  
Que corona su frente,  
A tus piés generosos y reales  
Pondría reverente.  
Entonces á cantar se empezaría,  
Tomada tu licencia,  
Tu pureza y piedad, tu monarquía,  
Tu honor y tu excelencia.  
Cantarian en tonos nunca oídos,  
Oh altísima Señora,  
Que sois de los mortales afligidos  
Dulce consoladora;  
Que ceñida de estrellas la cabeza,  
Con el cetro en la mano,  
Reináis sobre los santos con grandeza  
Y poder soberano;  
Que á sola vos tal gloria era debida,  
Y honor tan elevado,  
Por haber sido sola concebida  
Sin mancha de pecado;  
Que de vos, por altísimo destino,  
Con modo misterioso  
Es el Dios que adoramos uno y trino,  
Hijo, Padre y Esposo;  
Que el Espíritu Santo en vos ha hallado  
Esposa fiel, y el Padre  
Dulce Hija, y el Hijo muy amado  
Maravillosa Madre.  
Y aquí, viendo la gloria que mereces,  
Con santo regocijo  
Repetirían una y muchas veces:  
*¡Virgen Madre del Hijo!*  
Otro más alto elogio no hallarian  
Que dar á tu grandeza,  
Y humildes como yo, confesarían  
Tu gloria y su baja.  
Mas por no enmudecer en tu alabanza,  
Con acorde contento,  
Elevada su idea á lo que alcanza  
Creado entendimiento,  
Cantando á una con las virginales  
Esposas del Cordero,  
Entonarían en voces celestiales  
El coro todo entero:  
«Inferior es á tí cuanto es y ha sido  
Y puede ser que sea;  
Todo lo que no es Dios, á tí rendido,  
En servirte se emplea.  
Sobre tí, para envidia del infierno,  
No hay más que Dios eterno.»

## XXII.

## Á LA VIRGEN MADRE DE DIOS.

¡Oh tú la más gloriosa  
De todas las doncellas,  
Alta y sublime más que las estrellas;  
La leche generosa,  
Cuando niño, le has dado  
De tus pechos al Dios que te ha criado!  
Con el Hijo precioso  
Tú nos restituiste  
Cuanto pudo quitarnos Eva triste,  
Al mísero y lloroso  
Mortal del cielo abiertas  
Le pones tú las ya cerradas puertas,  
Por tí el Rey soberano  
La entrada nos consiente,  
Por tí, alcázar de luz resplandeciente,  
¡Oh! celebre el humano  
Linaje redimido

La vida que á esta Virgen ha debido.  
A tí la gloria sea  
Por siempre, Jesús, dada,  
Que naciste de Virgen tan preciada;  
Y al Padre darse vea  
Y al Espíritu Santo  
De gloria y alabanza eterno canto.

## XXIII.

EN LA INVASION FRANCESA,  
Á LA SANTÍSIMA VIRGEN, APARECIDA Á SANTIAGO.

Si de mi lira fuese  
Alguna vez el métrico sonido  
Tan grato, que pudiese  
En el dulce ruido  
Vencer al que cantó la Flor de Gnido;  
Y en mágico trofeo  
Tras de mi arrebatada selva y prado,  
Triunfante como Orfeo,  
Y en tono desusado  
Fuese mi verso al cielo levantado;  
No armas ni proezas  
De varones, no gracias cantaría  
De frágiles bellezas,  
Que mueren en un día,  
Sino el nombre sagrado de María.  
Por quien la ibera gente  
Fué los primeros tiempos visitada,  
Cuando el hijo valiente  
Del trueno su jornada  
Hizo en aquella tierra afortunada.  
Cantaría la gloria  
Del venturoso pueblo, y la hazaña  
De más grata memoria  
Por cuanto el Ebro baña,  
Y de uno al otro mar se extiende España.  
Y cómo el sacro río,  
Admirado de ver aquel portento,  
Paró su raudal frío,  
Y el incesable viento  
Suspendía su acción y movimiento.  
Cuando al cielo la vista  
Elevando Jacobo, suspiraba  
Por la dulce conquista  
Que su amor anhelaba  
Y con celo apostólico clamaba:  
Que la incrédula gente  
Doblase al yugo la cerviz impía;  
Y al Hijo omnipotente  
Con humilde porfía  
Los ruegos de la Madre interponía;  
Y vió aquella sagrada  
Columna descender, y sobre ella  
De luces rodeada  
La celestial doncella,  
Fija en el capitel la planta bella;  
A tanta maravilla  
En plateado grupo se juntando  
Los peces á la orilla,  
Al aire respirando,  
De las húmedas grutas se alejando.  
Y el sonoro concierto  
Diría de las aves, y el hermoso  
Brillar del cielo abierto,  
Y el canto armonioso  
Que sonaba en el aire luminoso.  
Y luego la memoria  
Del templo á breve espacio reducido  
Cantaría, y la gloria  
Con que puso en olvido  
Los más famosos que en el mundo han sido.  
De aquel que enriqueciera  
De príncipes y reyes á porfía  
La devoción sincera,  
Cuando la patria mía  
Señora de dos mundos florecía.  
¡Mas tú, Jacobo, ahora  
Ves aquel templo, entonces dedicado  
A tan alta Señora,

## XXIV.

Á LA EXCMA. SRA. MARQUESA DE VILLAFRANCA,  
EN LA MUERTE DE SU PRIMOGÉNITO.

El que no haya probado  
De la Parca el rigor, como yo un día,  
Que con crúel irresistible acero  
Y con golpe doblado,  
Cuando más rozagante florecía  
Unido al tronco el vástago primero  
Que el amor produjera,  
Embota en él la pérfida tijera;  
Y deja en un momento  
Llena de duelo el ánima mezquina  
Del padre, y de la madre desolada  
El pecho sin aliento;  
Ese podrá, la cítara divina  
Pulsando, lamentar la no pasada  
Ni conocida pena,  
Y hallar placer en la desdicha ajena.  
En igual desvarío  
Buscando yo tal vez ese consuelo  
A la soledad triste en que quedara,  
Crecía el llanto mio  
Con más dolor y más amargo duelo;  
Y si en aquel momento no arrojara  
La cítara funesta,  
Ya vi cerca de mí la muerte presta.  
Por eso á tí, señora,  
No conviene endechas ni elegías  
Que entretengan y alarguen tu tormento.  
Quizá templarlo ahora  
Pudieran las sublimes poesías,  
Que con celeste inspiración y aliento  
Divino y alto tono  
Cantó David desde el dorado trono.  
Con ellas sujetaba  
A las cuerdas del órgano suave,  
Y amansaba del genio la bravura,  
Que á Saul aquejaba.  
Con ellas alentado, de la grave  
Pérdida de Absalon el amargura  
Templó; y alzó con ellas  
Su esclarecido nombre á las estrellas.  
Yo también alzaría  
Con mis versos el tuyo, si pudiese  
Mi canto levantar á tal alteza,  
Que alternar á porfía  
Con Nicasio y Celenio mereciese (1),  
Ensalzando tu gracia y tu belleza;  
Y del que te alabara  
Mejor, en ser vencido me preciara.  
Pero, pues no me es dado  
Con los vates subir á la alta cumbre  
Del elevado Pindo, mi deseo  
Ceñiré moderado  
A mitigar tu justa pesadumbre  
Con los dulces cantares del hebreo  
Augusto personaje,  
Cual lo permite el español lenguaje.

## XXV.

AL JURAMENTO DEL REY Á LA CONSTITUCION,  
EN 1820.

Con el hacha encendida  
La discordia feroz, en nuestro suelo,

(1) Don Juan Nicasio Gallego y Don Leandro de Moratin, que hicieron versos á este asunto.

La nacion más querida  
Del piadoso cielo  
Llenaba de terror, espanto y duelo.  
Seis veces su carrera  
Por la eclíptica el sol revuelto habia,  
Y ardiendo en saña fiera,  
Aquí y allí corria,  
Y todo lo turbaba y confundia,  
En tanta desventura,  
El misero español precipitado  
No hallando paz segura  
Por uno ni otro lado,  
Gemia en su rincón desalentado.  
Y de amargura lleno,  
« ¡ Quién hubiera, decia, que nos diese  
Ver un día sereno,  
Y clara apareciese  
La verdad, y la paz ya amaneciese !  
» Y el pueblo al fin unido  
Con el monarca tanto deseado,  
De uno y otro partido  
Tan recio y empeñado  
Viésemos el ardor apaciguado ! »  
Oyó del alto cielo  
El Padre de los hombres soberano  
El triste desconsuelo,  
Y quiso por su mano  
La suerte mejorar del pueblo hispano.  
Y luego en un momento  
La tristeza convierte y amargura  
En placer y contento,  
Y el rigor en blandura  
Trueca, y las asperezas en dulzura.  
Y al inclito Fernando  
Valor le inspira, que á la furia odiosa  
De la mano arrancando  
La tea tenebrosa,  
La arroja al mar, y la nacion reposa.  
Gloria al Eterno sea,  
Que el orbe rige en siglos eternos.  
Pasmado el mundo lea  
Y aplauda en sus anales  
De Fernando los hechos inmortales.  
La verdad aparece,  
La ve Fernando, y viéndola, la ama.  
Crece el júbilo, y crece  
La viva ardiente llama  
Del fervoroso pueblo que lo aclama.  
Y hasta el cielo llegando,  
Y ya en la tierra á la Verdad triunfante  
La Justicia mirando,  
Vuelto el grave semblante,  
Y apacible, á la Paz, que está delante,  
« Baja, le dice, luego,  
Baja á la tierra, y de tu altar sagrado  
Enciende el dulce fuego,  
Y estrecha en apretado  
Lazo á Fernando con su pueblo amado. »  
Baja la amable diosa,  
Y el código le entrega, en que asegura  
La nacion generosa  
Su paz y su ventura,  
Y la union con su rey constante y pura.  
Lo admite placentero ;  
Un nuevo esmalte añade á su grandeza,  
Jurándolo él primero ;  
Y así á reinar empieza  
Sobre las almas con mayor firmeza.  
¡ Oh lazo venturoso !  
¡ Oh estrecha union de todos aplaudida !  
Que hará más poderoso  
Al Rey y más temida  
Su potencia, y su dicha más cumplida.  
Y tú, nacion felice,  
Que lo amó siempre toda, y con sincera  
Gratitud lo bendice ;  
En gloria verdadera  
Serás de hoy más de Europa la primera.

## XXVI.

## EN LA PROXIMIDAD DE UN PARTO,

## ANUNCIO AL HIJO DESEADO.

Alma que desde el cielo  
Has bajado á dar vida al tierno infante  
Que hoy nace en este suelo,  
Un ánimo constante  
Prepara en él y un pecho de diamante,  
Porque del proceloso  
Siglo en que nace venza á la porfia,  
Y siempre victorioso,  
De la caterva impia  
Los ataques rechace noche y día.  
Ni ambicion lo domine,  
Ni sórdida codicia lo envilezca,  
Ni amor lo desatine,  
Ni elogio lo envanezca,  
Aunque más se repita y lo merezca.  
Y á la justicia asido,  
No lo turbe ni saque de su asiento  
El mundanal ruido,  
Ni favorable viento  
De fortuna falaz le dé contento.  
Y cuando le sopláre,  
Si seguirla es forzoso, cautamente  
La siga ; mas prepare  
Ya puerto, en que prudente  
Halle asilo, si cambia de repente ;  
Donde de la divina  
Luz se deje guiar, que á todo hombre  
Alumbra y encamina ;  
Y allí nada le asombre,  
Y alma virtud haga inmortal su nombre,  
Con que del sabio padre  
Retrate fiel la sin igual cordura ;  
Y aunque la envidia ladre,  
Halle así más segura  
Su opinion, y más firme su ventura.  
Educacion selecta  
Tenga en su juventud, que lo preserve  
De pernicioso secta,  
Y exento lo conserve  
Del ciego error en que hoy el mundo hierve.  
No sepa ni los nombres  
Que con tanto furor hoy nos dividen ;  
Ni fie de los hombres  
Que sus derechos miden  
Por lo que el gusto y la pasion les piden.  
De la filosofía  
Templen el ceño, en él duro y severo,  
Euterpe y Polymnia ;  
Ni sea tan austero,  
Que pueda parecer rústico y fiero.  
Tal es la disciplina  
Que á tu hijo, Ramon, mi amor desea,  
Y que fácil Lucina  
Grata á la madre sea,  
Y ella crecer y florecer le vea.  
Y tú, con hijo y madre,  
De nieve ya la frente coronada,  
Maestro, abuelo y padre,  
Veas la bienhadada  
Progenie de tu mesa rodeada.

## LETRILLAS.

## I.

## PINTURA DE UN CURRUTACO.

Orilla de una fuente  
Un jóven currutaco,  
Idólatra de Vénus  
Y de Adónis esclavo,  
Con tal delicadeza

Estaba recostado,  
Por no descomponerse  
La gentileza y garbo,  
Que más bien que dormido  
Parecía pintado.  
A observarlo me puse,  
Y héte aquí su retrato :  
Sombrecito redondo  
De diadema de santo,  
Puesto como al espejo,  
Para nunca quitarlo ;  
Tan alto que no toque  
La cúspide del ángulo  
Que formen dos mechones  
Que por la frente abajo  
Vienen lasta las cejas  
Con descuido estudiado.  
La barba sumergida  
Dentro de un corbatazo  
Que tape si se ofrece  
Lo que abra el cirujano.  
Pelada la cabeza ;  
Y de pelo tan largo  
Poblada casi toda  
La cara y tan rizado,  
Que apenas se divisan  
La nariz y los labios.  
Con pasitas de Angola  
El contorno encrespado  
De la infeliz mollera ;  
Y el pecho puesto un clavo,  
Que cierra la camisa  
Guarnecida, mostrando  
Oro por fuera, y dentro  
Flaco y femenil barro.  
El justillo entreabierto,  
Casaca *usque ad talos*,  
Calzon de punto estrecho,  
Tan indecente y claro,  
Que nada oculta, y puede  
Afrentar á Priapo.  
Medias abigarradas  
Con botas de verano ;  
Y un garrote de loco,  
Tan recio como el brazo,  
De poco más de vara,  
Que llevan en la mano  
Sin saber lo que llevan  
Bastantes currutacos,  
Y si algunos lo saben,  
Es menester atarlos.

## II.

## EN EL AÑO 1823.

Nula fuera mil veces  
Mi plaza del Consejo (1),  
Con tal que no anulára  
La de mi cocinero.  
Si no anulára el coche  
En el último tercio  
De una vejez cansada  
Ya con setenta inviernos.  
El bordado uniforme,  
Las plumas del sombrero,  
De necios pretendientes  
El mentido cortejo ;  
La patada del guardia,  
La entrada en aposento  
Real, en las sesiones  
Tener el primer puesto ;  
Los honores de infante,  
De la Excelencia el eco,  
Que en el salón resuena,  
No me importan un bledo.  
Mi coche y mi cocina ;  
Tras de eso voy y vengo.  
Pero cocina y coche

(1) Alude á la exoneracion de los Consejeros de Estado en 1823.

No puede haber sin sueldo,  
Y eso es lo que me falta  
Y eso lo que pretendo.  
Si el coche se me niega,  
Denme cocina al ménos ;  
Que sé vivir sin coche,  
Mas sip comer no puedo.

## EPÍSTOLAS.

## I.

## Á UN AMIGO,

QUEJÁNDOSE DEL ATRASO QUE PADECIA EN SU  
CARRERA Y DE SU PENOSO DESTINO.

Aquí, Gaspar, con misero trabajo  
Me tiene la fortuna reducido,  
En mi clase, al lugar más pobre y bajo.  
Que si bien es ilustre y distinguido,  
Pudiera serlo más, si no estuviese  
Entregado mi mérito al olvido.  
Del cual no hablára yo, si no supiese  
Que no hay otro recurso al olvidado,  
Sino es que se prohíbe también ése.  
A mi suerte debí ser educado  
Por noble padre en liberal doctrina,  
Que pudiese ser útil al Estado ;  
Y en la leccion y larga disciplina  
De las ciencias profanas y sagradas  
Con la erudicion griega y la latina ;  
Y las luces entónces despreciadas,  
Que del álgebra toma y geometría  
El físico, por mí fueron buscadas.  
Yo fui quien la moral filosofía  
En mis escuelas enseñó el primero,  
A la juventud dando cierta guía,  
Por donde el fundamento verdadero  
Hallase de lo recto y de lo justo,  
Y no errase de Témis el sendero.  
Y tal vez se leyeron sin disgusto  
Mis escritos en nobles asambleas,  
Que mandaba formar Carlos Augusto.  
En donde consagraba mis tareas,  
No por el mio, por comun provecho,  
Promoviendo benéficas ideas,  
Con que el artista en domicilio estrecho,  
Y en el campo la noble agricultura,  
Y el comercio en los mares, á despecho  
Del extranjero, que su mal procura,  
Floreciente y feliz, á nuestra España  
Prosperidad trajesen y ventura.  
Estas fueron las artes y la maña  
Con que haber procuraba en favor mio  
La pública opinion, que nunca engaña,  
Tratóme la fortuna con desvío  
En la córte, por mí solicitada  
Cinco años con tedio y con hastío.  
En esto ya mi juventud pasada,  
Habiendo militado veinte años  
A mis propias expensas sin soldada,  
Y sufrido en mi hacienda tantos daños,  
Que tarde ó nunca conseguir pudiera  
Verme libre de estafas y de engaños ;  
Sin que yo lo pensára ni supiera,  
Al honroso destino fui llamado,  
En que tuvo principio mi carrera.  
Cinco años en él ejercitado,  
El caloroso Julio y frio Enero  
Me vieron igualmente atareado ;  
Y por pronto que el último lucero  
Apagase su luz, el claro día  
Me hallaba trabajando á mi primero.  
Y cuando, alguna vez, la noche fria  
Inclinaba su sombra al occidente,  
No habia descansado todavía,  
Para que el oficioso pretendiente